

Lujo y representación en la Monarquía de los Austrias: la configuración del ceremonial de la caballeriza de la reinas, 1570-1600

FELIX LABRADOR ARROYO Y ALEJANDRO LÓPEZ ÁLVAREZ

Luxury and representation in the House of Habsburg s Monarchy: The configuration of the ceremonial of the stables of the Queen, 1570-1600

RESUMEN

En este trabajo queremos analizar como se configuró, desde mediados del siglo XVI hasta comienzos del XVII, el ceremonial de la caballeriza de las reinas hispanas, el cual se precisó, de una forma concreta en 1651, analizando, por un lado, la fijación de las entradas de las reinas en las diferentes ciudades y, por otro, el papel de los vehículos representativos en el asentamiento de este ceremonial y mostrar, además, como lejos de la opinión general de su inmutabilidad, éste se elaboró poco a poco y como en este proceso las influencias del ceremonial borgoñón quedaron plasmadas, aunque sus efectos se encuentran parcialmente y de manera incompleta en las ordenanzas y etiquetas, así como en las compilaciones del ceremonial.

PALABRAS CLAVE:

corte, casa real, reinas, caballeriza, etiquetas y ceremonial

ABSTRACT

In this paper we shall analyze how, from the middle of the 16th century to the beginning of the 17th century, the ceremony of the Spanish queens' royal stables took shape and finally became established in 1651. We shall analyze, on the one hand, the determination of the entrances of the queens in different cities and, on the other, the role of representative vehicles in the establishment of this ceremony and demonstrate how, contrary to the general idea of its immutability, the ceremony evolved little by little and how it was influenced by the Burgundian ceremony, although its effects are partially and incompletely found in the ordinances and etiquette, as well as in the compilations of the ceremony.

KEY WORDS:

court, royal household, Queens, royal stables, etiquette and royal ceremonials.

Recibido: 1-09-2010
Aceptado: 3-06-2011

INTRODUCCIÓN

La corte ha cobrado en los últimos años en la historiografía española, como recientemente ha señalado el profesor Elliott, un nuevo significado a partir de premisas renovadoras de estudio y análisis¹. La consideración de la existencia de un ordenamiento político de la sociedad y de mecanismos particulares en el ejercicio del poder durante la edad Moderna, completamente diferentes a los existentes en la sociedad actual, se ha mostrado como el único camino posible para aprehender el auténtico significado de la corte². Desde este punto de vista, la corte, otrora cadáver historiográfico que ni tan siquiera merecía una categoría histórica y que interesaba tan sólo por su identificación con el lugar donde se encontraban las instituciones centrales de gobierno, por su aspecto cultural, por su vinculación con las artes, por el análisis del boato y oropel o como demostración de la irracionalidad del gasto y el derroche de las clases dirigentes, se convierte en el centro privilegiado del proceso de toma de decisiones y en el lugar central en el análisis de las formas de poder en la organización sociopolítica de la edad Moderna y como lugar donde se elabora la ideología, los comportamientos y un simbolismo³.

Ordenanzas, etiquetas y ceremonial encierran una clasificación que muestra la articulación jerarquizada del orden a partir de la persona del rey. Aun cuando la disposición de dicho orden aparezca simbólica, pasa por una construcción imaginaria de la Monarquía, que adquiere coherencia como «cuerpo» y regían la vida del príncipe y el funcionamiento de todos los módulos de la casa real⁴, aunque ello no impedía que numerosas cuestiones quedaran sujetas a prácticas consuetudinarias y no se hubieran fijado por escrito y otras se cambiaran según los deseos del príncipe. Como indicó don Juan de Idiáquez, cuando señalaba al monarca cómo se

¹ ELLIOTT, J.H.: «The court of a World-wide monarchy», *The Court Historian*, 15-1, (2010), pp. 89-91.

² Como botón de muestra destacamos los trabajos del profesor MARTÍNEZ MILLÁN y de su equipo: *La corte de Felipe II*. Madrid, Alianza Editorial, 1994; *Felipe II (1527-1598). La configuración de la Monarquía Hispana*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 1998; *La corte de Carlos V*. 5 vols. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000; *La Monarquía de Felipe II: La Casa del rey*. 2 vols. Madrid, Fundación Mapfre-Tavera, 2005 y *La Monarquía de Felipe III: la casa del rey*. 2 vols, Madrid, Fundación Mapfre, 2008.

³ MERLIN, P.: «Il tema della corte nella storiografia italiana ed europea», *Studi Storici*, 27, (1986), pp. 203-244; DEAN, T.: «Le corti. Un problema storiografico» y FANTONI, M.: «Corte e Stato nell'Italia dei secoli XIV-XVI», en CHITTOLINI, G., MOLHO, A., y SCHIERA, P. (eds.): *Origini dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna*. Bologna, Il Mulino, 1994, pp. 425-447 y 449-466. ASCH, R.G. y BIRKE, A.M. (eds.): *Princes, Patronage and the nobility: the Court at the beginning of the modern age, c.1450-1650*. Londres, Oxford University Press, 1991. AYMARD, M. y ROMANI, M.A. (dirs.): *La Cour comme institution économique: actas del XII Congreso Internacional de Historia Económica (Sevilla-Madrid 24 a 28 de agosto de 1998)*. Paris, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1998, ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, A.: «La Corte: un espacio abierto para la historia social», en CASTILLO, S. (coord.): *La Historia social en España*. Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 247-260 y MARTÍNEZ MILLÁN, J.: «La corte de la Monarquía Hispana», *Studia Histórica. Historia Moderna*, 28, (2006), pp. 17-61.

⁴ VISCEGLIA, M^a. A.: *Guerra, diplomacia y etiqueta en la corte de los papas (siglos XVI-XVII)*. Madrid, Polifemo, 2010; DEL RÍO BARREDO, M^a. J.: «El ritual en la corte de los Austrias», en LOBATO, M^a. J. y GARCÍA GARCÍA, B. J. (coords.): *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 2003, pp. 17-34.

debía de recibir a su esposa en Valencia: «las etiquetas hacen las costumbres, y éstas en palacio las introduce el Rey a su voluntad»⁵. Esta es una de las razones, entre otras, por las que las etiquetas, las ordenanzas y el ceremonial, han de concebirse como sólo orientativas, ya que, describen con bastante exactitud determinadas cuestiones, pero olvidan totalmente otras. Este hecho es decisivo; sólo una lectura combinada y atenta de numerosos tipos de fuentes puede permitirnos entender el funcionamiento de la casa real de forma completa, pues gran número de ellas se encuentran diseminadas en decenas de documentos, a veces, billetes circunstanciales, que no parecen haber pasado nunca a compilaciones más elaboradas.

En el caso concreto de la caballeriza ésta, como el conjunto de la casa de la Reina, se ordenó según la costumbre castellana, tomando como modelo la casa de Isabel la Católica⁶, mientras que la casa de los reyes fue la de la dinastía a la que pertenecía el monarca; esto es, a partir de 1517, tras la subida al trono de Carlos, la casa de Borgoña. Sin embargo, la introducción y el desarrollo de la etiqueta borgoñona en Castilla originaron la transformación del modelo medieval a otro moderno y manifestó los límites del modelo castellano, muy obvios en este departamento.

Además, la paulatina introducción de los vehículos representativos en la corte favoreció este proceso. El vehículo por antonomasia durante el periodo medieval había sido la litera, una suerte de caja decorada con textiles y sustentada en dos varales que transportaban dos caballerías; las cuales eran empleadas para el transporte de damas⁷. Según el ceremonial francés, hasta comienzos del siglo XVII, aproximadamente, las reinas se servían predominantemente de las literas en sus entradas, mientras los carruajes eran reservados para las damas de menor rango⁸. En Castilla, las literas, conocidas bajo el nombre de andas desde antaño,

⁵ PÉREZ-MINGUEZ, F.: *D. Juan de Idiáquez. Embajador y consejero de Felipe II*. San Sebastián, 1934, p. 282.

⁶ LABRADOR ARROYO, F.: «As casas das harinas da monarquia española. Formação das Ordenanças (1504-1621)», en MEZAN ALGRANTI, L. y MEGIANI, A.P. (orgs.): *O Império por escrito. Formas de transmissão da cultura letrada no mundo ibérico (séc. XVI-XIX)*. Sao Paulo, Alameda, 2009, pp. 47-52. DOMÍNGUEZ CASAS, R.: *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos. Artistas, residencias, jardines y bosques*. Madrid, Alpuerto, 1993. Hasta el siglo XII, con doña Urraca, no conservamos referencias documentales que permitan suponer de la existencia de una Casa propia de la reina en Castilla, pero es con Leonor de Plantagenet cuando puede afirmarse con rigor que existe una Casa de la Reina. FERNÁNDEZ DE CORDOVA MIRALLES, A.: *La Corte de Isabel I. Ritos y Ceremonias de una reina (1474-1504)*. Madrid, Dyckinson, 2002, pp. 52-53 y CAÑAS GALVEZ, F.: «Las Casas de Isabel y Juana de Portugal, reinas de Castilla» en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y LOURENÇO, M^a. P. (coords.): *Las relaciones discretas entre las Monarquías Hispana y Portuguesa: Las Casas de las Reinas (siglos XV-XIX)*. Madrid, Polifemo, 2008, I, p. 15.

⁷ La única litera que se ha conservado anterior al siglo XVIII es la excepcional pieza del Museo de Carruajes de Madrid que se supone perteneció a Carlos V y que se trata de un ejemplar de los llamados «de camino», sin apenas decoración, (MCM 10008046). Véase GALÁN DOMINGO, E.: «De las Reales caballerizas a la colección de carruajes del Patrimonio Nacional», *Arbor*, 665 (2001), p. 227. Esta litera aparece reproducida en LÓPEZ ALVAREZ, A.: *Poder, lujo y conflicto en la corte de los Austrias. Coches, carrozas y sillas de mano, 1555-1700*. Madrid, Polifemo, 2007, ilustración III.

⁸ Véase, GODEFROY, TH.: *Le ceremonial français, ou description des ceremonies, rangs et seances*,

también eran utilizadas por las mujeres, pero su papel en el ceremonial era menos preponderante, de hecho, ni siquiera formaban parte, en un principio, de la caballeriza⁹. Sin embargo, paulatinamente, éstas tuvieron que compartir protagonismo con elementos nuevos: el coche y la silla de manos, principalmente¹⁰.

Por ambos motivos, la caballeriza experimentó a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI una serie de cambios revolucionarios que la hacían, sustancialmente, distinta de la institución que había sido medio siglo atrás, que a la vez modificaron el desenvolvimiento de los príncipes y su imagen externa. Sin embargo, este hecho apenas se rastrea en las etiquetas o en las disposiciones del ceremonial, a pesar de modificarlo¹¹.

Las etiquetas que se dieron para la Casa de la reina Ana (1575) y para la de la reina Margarita (1603) se diferencian bien poco en cuanto a la caballeriza y, sin embargo, entre una y otra había diferencias sustanciales, en cuanto al número de sus servidores, el status de estos, etc., si bien, en ambas el papel de la caballeriza es relativamente poco importante, en relación a otros módulos¹². Sin embargo, este departamento estaba encargado de todo el peso representativo en el exterior de palacio y, además, estaba en constante funcionamiento, como acreditan las compras de caballos y vehículos. Las salidas de la reina eran muy habituales, aunque no se trasluzcan en la etiqueta, que sólo se ocupaba de un par de momentos claves de la presencia pública de la reina; el resto, no aparece y hay que leerlo a la luz de otra documentación¹³.

Estas etiquetas se enmarcan en la tradición castellana, pero la impronta y la influencia borgoñona es muy palpable, sobre todo, después del asentamiento de la corte en Madrid. Con el Rey Prudente, como ha señalado el profesor Martínez Millán, se había construido la Monarquía hispana con entidad propia, pero, con-

observees en France en divers Acts, & Assemblées solennelles. París, Cramoisy, 1649, FBG. H. 2º 369, vol. I, pp. 733, 745, 747, 793, 806, 850, 873, 959, 964, etc. Ya hizo hincapié en esta cuestión WACKERNAGEL, R. H.: *Der französische Krönungswagen von 1696-1825. Ein Beitrag zur Geschichte der repräsentativen Zeremonienwagens*. Berlín, Neue Münchner Beiträge zur Kunstgeschichte, 1966, p. 12.

⁹ Para las literas de Isabel la Católica, DE LA TORRE, E. A.: «Viajes y transportes en tiempo de los Reyes Católicos», *Hispania*, 14, (1954), pp. 391-394.

¹⁰ Para la evolución de los carruajes representativos véase KREISEL, H.: *Prunkwagen und Schlitten*. Leipzig, Hiersemann, 1927; WACKERNAGEL, R. H.: «Zur Geschichte der Kutsche bis zum Ende des 17. Jahrhunderts», en TREUE, W. (coord.): *Achse, Rad und Wagen. Fünftausend Jahre Kultur— und Technikgeschichte*. Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1986, pp. 197-235; WACKERNAGEL, R. H. (dir.): *Staats- und Galawagen der Wittelsbacher*. Stuttgart, Arnoldsche Verlagsanstalt, 2002, vol. II, pp. 9-19; MUNBY, J.: «Les origines du coche», en ROCHE, D. (dir.): *Voitures, chevaux et attelages du XVIe au XIXe siècle*. París, Collège de France, 2000, pp. 75-83 y LÓPEZ ÁLVAREZ, A.: *op. cit.*

¹¹ Al respecto, LABRADOR ARROYO, F. y LÓPEZ ÁLVAREZ, A.: «Las caballerizas de las reinas en la Monarquía de los Austrias: cambios institucionales y evolución de las etiquetas, 1559-1611», *Studia Histórica. Historia Moderna*, 28, (2006), pp. 87-140 y LÓPEZ ÁLVAREZ, A.: *op. cit.*

¹² Ello lleva a que, por ejemplo, PFANDL, L. la deje de hecho sin analizar, tras haberse centrado en la mesa borgoñona: *Felipe II. Bosquejo de una vida y de una época*. Madrid, Cultura Española, 1942, p. 156.

¹³ Al respecto, LÓPEZ ÁLVAREZ, A.: «Organización y evolución de la caballeriza», en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y FERNÁNDEZ CONTI, S. (dirs.): *op. cit.*, vol. I, pp. 264-338.

tradictoriamente, el modelo «oficial» de casa era el de la dinastía (Casa de Borgoña), en vez de la del reino, que, primordialmente, había contribuido a articularla (Casa de Castilla), relegada, formalmente, a la casa de las reinas y de los príncipes. La subida al trono de Felipe III puso de manifiesto estas contradicciones que habían estado latentes en el reinado anterior, en relación a hacer coincidir la «dinastía» y —por ende— la etiqueta específica de su «casa», con unos reinos ajenos a ella¹⁴.

Por todo ello, queremos centrarnos en el ceremonial de la caballeriza de las reinas hispanas para tratar de explicar como se configuró a lo largo de los siglos XVI y comienzos del XVII. Lejos de la opinión general de su inmutabilidad, vamos a tratar de reconstruir como se fue elaborando éste poco a poco y a qué influencias o necesidades se vio sometido, así como la influencia del coche y del resto de vehículos representativos. Así, el ceremonial de la entrada de la reina aparece fijado en 1651 de una forma muy concreta, pero su desarrollo empezó en 1570, cuando se introdujo, por vez primera, la entrada a la borgoñona en la casa de la soberana; ocasión en la que no se escribió ninguna etiqueta específica, sino que se redactaron un par de billetes. No es necesario decir que esta forma de entrar a la borgoñona no se transmitió a las etiquetas que se elaboraron en 1575, ni a las de 1603. Otra cuestión que cambió radicalmente el ceremonial de la caballeriza, y que veremos a lo largo de este trabajo, fue la paulatina extensión del uso de los carruajes representativos. Sus efectos se encuentran en las ordenanzas y parcialmente en las etiquetas y en las compilaciones del ceremonial, pero de forma muy secundaria e incompleta. Este proceso fue largo y complejo y no todos los cambios acontecidos aparecieron reflejados claramente en el ceremonial, de modo que hay que acudir a otras fuentes para averiguar como surgieron y como se fueron consolidando y, en general, para vislumbrar, realmente, como se desarrollaban las actividades reales.

EL CEREMONIAL DE LAS ENTRADAS DE LA REINA Y EL USO DE LOS VEHÍCULOS REPRESENTATIVOS

Es incuestionable el deseo de Felipe II de acentuar, desde 1560, el protagonismo de una ceremonia como las entradas de la reinas en un contexto general de engrandecimiento de su papel en el espacio público¹⁵. En este sentido, es bien sa-

¹⁴ MARTÍNEZ MILLÁN, J.: «Las casas del rey. La evolución de la Casa de Castilla y la de Borgoña», en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y VISCEGLIA, M^a. A. (dirs.): *op. cit.*, pp. 324-333.

¹⁵ Ya llamó la atención de este tema DEL RÍO BARREDO, M^a. J.: *Madrid, Urbs Regia. La capital ceremonial de la Monarquía Católica*. Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 38-44. Para los encuentros de Bayona, Catalina de Medicis hizo unos gastos enormes en decoraciones y derroche de todo tipo de lujos, deseosa de emular a la corte española. GONZÁLEZ DE AMEZUA Y MAYO, A.: *Isabel de Valois, reina de España*. Madrid, Dirección General de Relaciones Culturales, 1949, vol. II, p. 198. Para el estudio de las entradas en el periodo medieval véase DE ANDRÉS, R.: «Las entradas reales castellanas en los siglos XIV y XV, según las crónicas de la época», *En la España Medieval*, vol. 4 (1984), pp. 47-62.

bido que el monarca cedió conscientemente su protagonismo en favor de su tercera esposa: Isabel de Valois, como ocurrió en las entradas que realizó en Castilla, concretamente en Alcalá¹⁶ y, especialmente, en Toledo¹⁷, ya que en Pamplona, todavía se usó el ceremonial francés, al entrar la reina en litera y bajo palio, llevado por los jurados, argumentándose que había sido debido al frío¹⁸.

A pesar de los deseos de Felipe, de dar protagonismo a la entrada de su esposa, aún había ciertos elementos del ceremonial que no permitían equiparar una y otra entrada, particularmente, ciertas insignias reales privativas del rey. Siguiendo la costumbre borgoñona, el monarca entraba en las ciudades acompañado de atabales, trompetas, reyes de armas, maceros, etc. De esta guisa lo había hecho en Toledo, por ejemplo:

«Venía su magestad en un caballo blanco, vestido honestamente con un sayo de terciopelo negro y un capote de paño y un chapeo de agua y lana. Mostróse muy contento y alegre a todos, de que reçebian grandíssima alegría. Venían con su magestad, como dicho es, muchos caballeros, así naturales de estos reynos como extranjeros. Y delante venían los alguaciles y alcaldes de corte y dos maçeros con sus maças reales y dos reyes de armas con sus cotas de armas reales y sus atabales y trompetas. Y el conde de Oropesa junto delante de su magestad, descubierta la cabeça, con un estoque dorado desenvaynado en la mano. Y delante su guarda española y tudesca y detrás su guarda de cavallo... A la puerta de Bisagra, como dicho es, se apearon todos los jurados y regidores. Y allí estaba aparejado un rico palio de brocado morado con su rico flueco y veinte y cuatro varas doradas»¹⁹.

Aunque es cierto que no se escatimaron esfuerzos por realizar una brillante en-

¹⁶ Para efectuar la entrada en Alcalá, el rey salió junto con la reina de Guadalajara, «mas porque era servido se hiciese a la Magestad della sola el recibimiento de aquí, luego se apartó a la caza, llevando consigo al conde de Benavente, y algunos otros pocos señores de los de su cámara y real servicio, dejando con la Magestad de la Reina a la serenísima Princesa doña Juana, su hermana, con todo el acompañamiento de su real Corte, que, en número de grandes, señores y caballeros, y en grandeza y hermosura de vestidos y libreas y otros aderezos, fue más señalada, que ninguna otra que en España se ha visto. Venía su Magestad en una riquísima litera juntamente con la serenísima Princesa», *El recibimiento que la Universidad de Alcalá de Henares hizo a los Reyes... cuando vinieron de Guadalajara tres días después de su felicísimo casamiento*, en HUARTE, A.: *Relaciones de los reinados de Carlos V y Felipe II*. Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1941, I, p. 157.

¹⁷ Entretanto que la reina entraba en Toledo, «su magestad se anduvo holgando y caçando por sus bosques», Además, la comparación entre las entradas de los reyes, no dejaba lugar a dudas: «Hízose a su magestad en esta çibdad un muy solemne reçebimiento, aunque lo más y mejor quiso que se quedase y hiziese para el reçebimiento y entrada de la reyna. Y así se hizo, porque aunque el reçebimiento que a su magestad se hizo fue grande y muy mejor, y más se hizo a la reyna quando después entró», HOROZCO, S. de: *Relación y memoria de la entrada en esta çibdad de Toledo del rey y reyna, nuestros señores, don Felipe y doña Isabela y del reçebimiento y fiestas y otras cosas, año de 1561*, en *Relaciones históricas toledanas*. Toledo, IPIET, 1981, pp. 182 y 190 (introducción y transcripción de J. WEINER).

¹⁸ Con madama de Rieux y acompañada del cardenal a la derecha y el duque del Infantado a la izquierda, GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, A.: *op. cit.*, vol. I, p. 107 y PARIS, L.: *Negotiations, lettres et pièces diverses relatives au règne de François II*. París, Imprimerie Royale, 1841, pp. 190, 191-192.

¹⁹ *Relación y memoria de la entrada en esta çibdad de Toledo...*, p. 186. Se entiende que aquí el conde de Oropesa entró con el estoque por estar presente.

trada para la reina, ésta no dispuso del despliegue simbólico reservado al monarca²⁰. Acerca de una cuestión tan importante como su acompañamiento, estamos poco informados. Según Horozco:

«Llegó la reyna, nuestra señora, a la Venta de Lázaro Buey, a donde se apeó de una litera en que venía. Y subió en una hacanea blanca. Venía vestida a la española... Venía muy alegre, riendo y hablando con el cardenal de Burgos y con el Almirante y conde de Benavente y otros caballeros que con ella iban riquísimamente ataviados»²¹.

Los testimonios que conocemos no nos permiten evaluar con claridad como fue acompañada la reina en la entrada, aunque no parece que su caballeriza jugara un papel muy relevante, es decir, se siguió el modelo castellano, más sencillo en este sentido que el que se usaba en la casa del rey, típicamente borgoñón²². También las ceremonias realizadas en la jura del príncipe volvieron a poner de manifiesto las posibilidades del ceremonial palatino para graduar a las diferentes personas reales. Aunque en su entrada le salió a recibir y besar la mano toda la ciudad y «entró con él toda la corte y todos los grandes y caballeros» que había en ella, «no se le hizo recepción como a rey, ni entró debaxo de palio»²³.

De cualquier modo, la entrada en Toledo, de 1560, fue el comienzo de una nueva época; desde entonces, este acontecimiento habría de adquirir cada vez

²⁰ Sabemos que para que la reina llegase al lugar de Bargas «se hizo un camino cerca del hospital de Sant Juan extramuros de esta çibdad que baxa a la Bega. Y se allanó toda la Plaça del Marichal. Y se adereçó todo el camino hasta el lugar de Vargas, quitando tropieços y allanando barrancos en que la çibdad gastó harto dineros». Además, en la recepción misma «se hizieron muchas cosas muy notables y dignas de memoria y de mucha costa prque así lo quiso el rey, nuestro señor, por ser la primera entrada. Y en todo trabajó mucho, el marqués de Falçes y conde de Santistevan, corregidor de Toledo a la sazón», *Idem*, p. 190.

²¹ *Idem*, p. 194.

²² Varios datos nos inducen a pensar en ello. Primeramente, parece que el caballerizo mayor de la reina, don Fadrique de Portugal, no sirvió en esta ocasión porque en un memorial, de abril de 1560, se quejaba amargamente de que no sabía como había de servir a la soberana, lo cual indica que no tomó parte muy activa en la entrada de febrero, AGS. E, leg. 139, fol. 70. Para el contexto, LABRADOR ARROYO, F. y LÓPEZ ALVAREZ, A: *op. cit.*, pp. 93-96 y 112-115. Por otro lado, parece que cerca de la reina iba un caballerizo del rey, aunque desconocemos si ejercía alguna función relacionada con su oficio. Sabemos que al pasar por la cárcel real: «le fueron dadas algunas peticiones de parte de algunos presos que en ella estaban. Y su majestad mandó llamar al corregidor de Toledo, él qual allí venido, en su presencia de Don Diego de Córdoba, caballerizo de su majestad y de Hernán Darías de Saavedra, capitán de la guarda española y de otros muchos caballeros, regidores y jurados que allí yvan, mandó al dicho corregidor que soltase todos los presos que estuviesen por delito y no oviese parte», *Relaçión y memoria de la entrada en esta çibdad de Toledo...*, p. 196.

²³ *Idem*, p. 188. Ello no significaba que el ceremonial no fuera destacado, así, cuando la jura del príncipe: «Salieron este día que el príncipe, nuestro señor, se avía de jurar desde los Alcaçares a la Santa Iglesia de Toledo, cavalgando el rey, nuestro señor, y el príncipe y la prinçesa y los príncipes de Austria y de Parma y todos quantos grandes caballeros avía en la corte. Que eran quasi quantos ay en el reyno, e infinitos estranjeros riquísimamente vestidos de tantas sedas y brocados y bordados y recamados y chapados y tanta pedrería y tanta gala, que cosa en el mundo no podía ser más rica ni de más majestad. Yva el rey y los príncipes en cavallos y la prinçesa en una litera a la mano derecha del rey, nuestro señor, y detrás las damas de la prinçesa muy ricamente vestidas y acompañadas de caballeros», *idem*, p. 193.

más relevancia, aproximándose al modelo seguido por el monarca. Esta presentación pública de las reinas formaba parte de una estrategia doble, por un lado, estrechar los lazos con sus súbditos y, por otro, mostrarse de manera distante y sacral. El distanciamiento y la sacralización de Isabel debieron reforzarse aún más con un elemento que debe considerarse antecedente de las sillas de mano, una «silla de hombros en que traían a la Reyna»²⁴.

Efectivamente, para recibir a su cuarta esposa en 1570, Felipe II diseñó un protocolo más parecido al suyo, en el que la entrada de la soberana se realizó siguiendo el modelo borgoñón, lo que supuso la novedad más radical y duradera²⁵. De nuevo, pretendió el rey subrayar la imagen de la reina, pero esta vez de una forma mucho más elaborada. Para ello la caballeriza brindaba una ocasión extraordinaria, habida cuenta de los intentos de los caballerizos desde tiempos de don Francisco de Borja de asimilarse al modelo borgoñón, palpables desde unas décadas atrás, a las que servían según las directrices castellanas²⁶. Es probable, además, que Felipe II, quisiera mostrar a la soberana de acuerdo a las prácticas en uso en el Imperio, de donde ella procedía.

Al menos desde octubre se había tomado la decisión, que afectaba a algunos miembros de la caballeriza del rey y que necesitaba de ciertos preparativos²⁷. Lo más interesante a señalar es que el monarca pidió al rey de armas Claude Marion una memoria sobre cómo se realizaban las entradas a la borgoñona y, poco después, solicitó asesoramiento a su caballerizo mayor, don Antonio de Toledo. El rey de armas, como especialista en cuestiones ceremoniales, propuso, según su parecer, una entrada de acuerdo al modelo borgoñón imperante en la casa del rey. Así, habían de ir los primeros en la entrada los pajes y criados de los señores y caballeros que venían de camino con sus majestades. Tras ellos, habían de venir las trompetas, a las que seguían los caballeros de la casa y boca, seguidos de los maceros y éstos a su vez de los mayordomos. Inmediatos venían los Grandes y, luego, los reyes de armas, tras los que sólo podía situarse el caballerizo mayor, que llevaba el estoque, pues inmediato a él iba el monarca. Dado que Marion no ignoraba que se trataba de una entrada para la reina y que en su casa se seguía el mo-

²⁴ AGS. CSR, leg. 79, fol. 128.

²⁵ DEL RÍO BARREDO comenta la importancia del protocolo borgoñón en las jornadas de las reinas, pero no cae en la cuenta de que éste sólo se aplicaba en la caballeriza y nunca antes de 1570, *Madrid, Urbs Regia...*, op. cit., pp. 39 y 44. La entrada en Madrid de 1570 se convirtió en punto de referencia y su recuerdo duró casi 30 años, CRUZ VALDOVINOS, J.M.: «La entrada de la reina Ana en Madrid en 1570. Estudio documental», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXVIII (1990), p. 451. El ceremonial para la entrada de la reina en Burgos. AGS. PR, caja 57, doc. 78. Reproducido en PÉREZ BUENO, L.: «Del casamiento de Felipe II con su sobrina Ana de Austria», *Hispania*, 7-28 (1947), pp. 398-400.

²⁶ MARCH, J. M^º: *Niñez y juventud de Felipe II*. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1942, vol. II, pp. 396-404. La relación de la caballeriza que acompañó a la reina desde Spira en AGS. CMC, 1^ª época, leg. 1091, s.f.

²⁷ En un documento sin fecha, sobre lo que se debía de ir haciendo para la venida de la reina y casamiento, se apuntaba: «Para la entrada de la Reyna en Burgos es necesario que vayan los maceros reyes damas y trompetas, poniendo en las vanderetas juntamente con las de V.M., las armas de la Reyna...». PÉREZ BUENO, L.: op. cit., p. 386.

delo castellano, añadía que, en ese caso, tras los reyes de armas debía ir el mayordomo mayor llevando el bastón en alto. La reina misma se había de colocar debajo de un dosel transportado por algunos miembros del regimiento, vestidos de sus libreas, a pie y descaperuzados, mientras los restantes habían de hacer calle tomando en medio de ellos a los reyes de armas y al caballero mayor o, en su caso, al mayordomo mayor.

Dicho esto, Marion apuntaba que detrás del monarca solía caminar el cardenal y un paje con el guión. Como en este caso iban, además, los archiduques acompañando a la reina, el rey de armas era de la opinión que el cardenal tomara a su lado al mayor y el duque de Béjar al segundo. De cualquier manera, tras ellos habían de venir el capitán de la guarda a caballo, con sus soldados, y las guardas de a pie, haciendo calle desde la persona real en adelante. A modo de recordatorio, el rey de armas apuntaba que, en estas entradas, llevaban derechos el caballero mayor, que se quedaba con el palio, y los lacayos, que recibían las goteras y bastones. También solían recibir derechos por parte de las ciudades, que no dejaban de tener testimonios escritos de esta tradición, algunos otros miembros de la caballeriza, como reyes de armas, maceros y trompetas, pero ninguno más, aunque lo pidiera²⁸.

Vistos estos apuntes, Felipe II consultó, como hemos indicado, con su caballero mayor. Aunque desconocemos que le dijo éste exactamente, queda claro que la propuesta del monarca presentaba algunas modificaciones en relación a la del rey de armas, que había de recibir la nueva orden para que se pusiera en práctica, en lugar de la suya²⁹.

El Rey Prudente mandó que los primeros fueran los pajes y criados del cardenal, del duque de Béjar y de los demás señores y caballeros que venían de camino con la reina, pudiendo ir allí, además, los de la ciudad que fueren a caballo. Después, habían de ir las trompetas del rey y si fueran otras, por ejemplo, de la ciudad, podrían ir delante de todos los antedichos. Tras las trompetas habían de seguirse los títulos y caballeros principales que estuvieran en la entrada, tanto los que venían con la reina, como los que acompañaban al cardenal de Sevilla y al duque de Béjar. A ellos debían seguir los maceros desde la puerta de la ciudad don-

²⁸ BPR. II/758 fols. 116v-117v. «La orden que se suele tener en las entradas y recibimientos que se hacen a los reyes y príncipes de España conforme al uso de la casa de Borgoña». Es probablemente la primera recopilación de esta índole y la base para determinar este ceremonial. Noticias más resumidas proporcionan «*Las preeminencias que tiene el Cavallerizo maior del Rey nrô Señor y los gages Ayuda de costa raciones y otras cosas que le pertenecen*», escrito posterior a 1579, en RAH. 9/683, fols. 164r-167r. De mayo de 1580 es una carta del duque de Alba a Mateo Vázquez en la que le comenta algunos extremos de este ceremonial de las entradas. RIBA, C.: «El viaje de Felipe II a Portugal (1580-83)», en *Estudios eruditos in memoriam de Adolfo Bonilla y San Martín (1875-1926)*. Madrid, Imprenta viuda e hijos de Jaime Ratés, 1930, II, p. 187. Otros detalles proporciona el rey de armas Diego de Urbina en un escrito posterior a 1600, BNM. Ms. 11.773, fols. 549r-551r.

²⁹ En una memoria «de lo que se ha de platicar çerca de la instrucción que se ha de embiar a Sevilla y Béjar», sin fecha, se hace referencia a la manera en la que la reina debía de entrar en las ciudades. AGS. PR, leg. 57, núm. 19.

de estuviera el palio, tras los que venían maestresalas o mayordomos; después, los Grandes que estuvieran presentes y con ellos el mayordomo mayor de la reina, don Francisco Lasso. Tras los dichos, vendrían el cardenal y el duque juntos, solos ellos dos, seguidos de los reyes de armas. Éstos, dispuestos todos juntos en las calles anchas y de dos en dos en las estrechas, podrían ir rodeados de los personajes de la ciudad que no llevaran el palio, los cuales irían haciendo calle. Tras los reyes de armas habían de venir la reina, caminando bajo el palio, llevado por los de la ciudad y acompañada por el caballero mayor, que había de ir sólo, también debajo del palio, y a pie, para estar cerca de la reina por si esta quería algo. Los archiduques debían llevar en medio a la reina hasta que entrara en el palio y, entonces, debían quedarse detrás dél. Tras los archiduques debía ir el guión, llevado por un paje de los que venían con la reina y, después, tendrían que venir doña Leonor de Guzmán, doña Catalina Lasso y doña Sofía. Después, debían ir las damas y a continuación la guarda de a caballo y las de a pie, que irían a un lado y a otro de la reina como lo acostumbraban.

Este orden debía seguirse desde la entrada en la ciudad hasta la iglesia mayor, donde la reina había de apearse y tras las ceremonias habituales, se volvería a ir de la misma manera a palacio, donde se había de dejar el palio, que sería recibido por el caballero mayor, mientras sus goteras y varas serían para los lacayos de la reina, por ser sus derechos. Muestra del celo con el que el rey consideraba debían mostrarse los atributos propios del monarca, que no admitían competencia alguna, es que Felipe II añadía que si los de la ciudad llevaran mazas, debían bajarlas desde que llegaran a la vista de la reina y llevarlas debajo del brazo sin alzarlas más, salvo que después de dejar a la reina en palacio fueran juntos por la ciudad, debiéndoseles advertir por medio de Velasco, «que es mejor que ellos lo hagan de suyo que no se les ordene»³⁰.

La disposición final, fechada el 18 de octubre, cambió un poco al redactarla Zayas, como le ordenó hiciera el rey, poniendo el texto en tercera persona y «no en la mía». Esta nueva versión añadía que lo mandado debía guardarse además en las entradas de Valladolid y Segovia³¹.

Felipe II pretendió dar con esto un lustre a las entradas de la reina mayor del que éstas nunca habían tenido, cediéndole atributos fundamentales de su caballeriza y de su ceremonial, incorporando muchos aspectos del ceremonial borgoñón. Con todo, la reina debía estar alejada de ciertas ceremonias estrictamente políticas, como el juramento. Este doble deseo se aprecia en las órdenes del rey a la ciudad de Burgos, a la que el 8 de octubre mandaba una carta en la que decía:

³⁰ BPR. II/758 fols. 117v-119r. Parece que Felipe II olvidaba los derechos de reyes de armas, maceros y trompetas que le señalara Marion.

³¹ *Idem*, fols. 119r-120r. El escrito del rey y la copia de Zayas son, por tanto, la primera disposición que se dieron para las entradas de la reina, origen de la ceremonia de «Entrada de las señoras reynas de España en la corte», que aparecía en las etiquetas de 1651. Para estas últimas, MARTÍNEZ MILLÁN, J. y FERNÁNDEZ CONTI, S. (dirs.): *op. cit.*, II, pp. 915-918.

Lujo y representación en la Monarquía de los Austrias...

«y aunque no dubdo tenéis bien entendida la solemnidad y ceremonias que en semejantes casos se acostumbra y devéis guardar con la Reyna, todavía os he querido mandar advertir que en todo y por todo han de ser las mismas que hizierades a mi propia persona, salvo que la Reyna no ha de jurar vuestros privilegios»³².

En definitiva, en la entrada real, al modo borgoñón, que se proponía para la reina, se mantenía la importancia del mayordomo mayor (como en la del rey), en cuanto al caballero mayor, si bien no mantenía la relevancia de que gozaba en la casa del rey, si veía aumentar su preeminencia ceremonial considerablemente, pasando a andar próximo a la reina, mucho más destacado que en la tradición castellana, en la que no jugaba un papel destacado³³. De esta nueva situación se beneficiaría don Luis Venegas Figueroa, persona escogida por el cardenal Espinosa para ejercer como caballero mayor de la reina³⁴.

Estas novedades fueron rápidamente percibidas por sus contemporáneos. Así, en la relación que se escribió con motivo de la entrada en Burgos, cuando la reina alcanzaba la ciudad, el cronista detallaba lo siguiente, deteniéndose en cómo había salido de las Huelgas:

«acompañada de los Serenísimos Príncipes, Alberto y Venceslao, sus hermanos, y del Cardenal de Sevilla, y Duque de Béjar, y de los Marqueses de Zahara, Ayamonte, Berlanga, Cerralbo, Frómesta y Falces, y de los condes de Benalcazar, Miranda, Siruela, Aguilar, Lerma, Salinas y del Castellar, y de don Francisco Laso, su mayordomo mayor, y de otros muchos caballeros que en la corte venían; iban también los dos guardas de a pie y de a caballo, los maceros y Reyes de armas

³² PÉREZ BUENO, L.: *op. cit.*, p. 400. De manera similar se informaba de sus disposiciones al cardenal de Sevilla y al duque de Béjar, subrayando la necesidad de mostrar un aparato considerable, las novedades ceremoniales introducidas, especialmente, la de los reyes de armas y la prohibición de jurar privilegios urbanos. Para la entrada en Burgos se previó lo siguiente, que se escribió al cardenal o quizás al duque de Béjar, el 8 de octubre: «Desde dicho Monasterio de las Huelgas saldrá la Reyna para Burgos, a la hora que pareciere ser conveniente y se concretare con los del regimiento los quales y los de la Iglesia saldrá a Besar las manos a la Reyna como se acostumbra, parándose ella y deteniéndose a caballo el tiempo que para ello fuere menester. Después, llegando a la ciudad, entrará la Reyna debaxo del palio, y se llevará hasta la iglesia mayor, y de allí a Palacio, por la orden que veréis en mi Memorial que ira con esta firmado de Çayas y vosotros dos iréis delante de los reyes de armas, que (como sabéis), han de ir inmediatamente delante de la Reyna, y en fin de esto y todo lo demás se ha de hacer conforme a lo contenido en dicho Memorial a que nos remitimos. El recibimiento ha de ser con el aparato, autoridad y cerimonia que a mi propia persona se harían en todo y por todo, salvo que la Reyna no ha de jurar privilegios, según como yo lo he mandado advertir a los del regimiento, los quales (según entiendo) dessean tanto y procuran servir y agradar a los Reyes, con tanta voluntad, que a su tiempo será justo que ella los de las gracias. En la dicha ciudad de Burgos ha de ser palacio la casa del Condestable así por ser la más principal como porque los Reyes nuestros predecesores han acostumbrado posar en ella», *idem*, p. 397.

³³ En torno a 1540 se contraponían los papeles de los caballeros a la borgoñona y a la castellana. El documento se titulaba significativamente, «*Las preguntas que se an de fazer sobre lo que se a de saber en el oficio de caballero mayor a la costumbre y uso de Castilla*». Más en detalle, LABRADOR ARROYO, F. y LÓPEZ ALVAREZ, A.: *op. cit.*, pp. 112-115 y LÓPEZ ALVAREZ, A.: «Evolución de la Caballería», en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y FERNÁNDEZ CONTI, S. (dirs.): *op. cit.*, vol. I, pp. 293-303.

³⁴ LABRADOR ARROYO, F. y LÓPEZ ALVAREZ, A.: *op. cit.*, p. 100. Información sobre este personaje en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y FERNÁNDEZ CONTI, S. (dirs.): *op. cit.*, vol. II, p. 489.

con sus cotas insignias delante de Su Majestad. Salió aquel día Su Majestad vestida de una saya de tela de plata parda con una muy ancha guarnición de botones de perlas... en un cuartago blanco con una manchas pardas que le hacían de extraña color, y en un sillón de oro con gualdrapa y guarnición de terciopelo, bordada de oro de canutillo»³⁵.

En la entrada en Madrid, celebrada el 26 de noviembre, volvieron a señalarse algunos de los nuevos elementos introducidos. López de Hoyos no dejó de encarecer la imagen de Ana de Austria puntualizando que se subió «a un palafren blanco mosqueado, ricamente adreçado, con un sillón de oro con mucha pedrería muy biê labrado, gualdrapa de terciopelo negro, guarnecida y bordada con franjas de oro». En su opinión, la reina «se mostró este día hermosísima, y cô aquella majestad y señorío que tan natural y tan fundado, y con tâtas dotes del animo esmaltado tiene, representó muy bien su ser y monarchía»³⁶. Bastante detalle concedió al séquito el autor en la descripción del primer arco de la entrada:

«(...) A estos seguían luego los Grâdes q avemos dicho, y con ellos D. Francisco Lasso de Castilla, como mayordomo mayor de su Majestad. En su seguimiento quatro reyes de armas con sus cotas. Luego se seguía su Majestad debajo del palio, y poco atrás, junto al palio yvan el Príncipe Alberto de Austria, y el illustríssimo y Reverendíssimo Cardenal D. Diego de Espinosa &. A estos dos Príncipes seguía el guión, que es una vanderá pequeña en una hasta cô las armas reales. Este se lleva de camino para denotar que va allí la persona real. Luego se seguía doña Leonor de Guzmâ Camarera mayor de su Majestad, a la qual acompañava el duque de Feria. Seguíase luego doña Catalina Lasso de Castilla, muger de D. Frâncisco Lasso de Castilla, luego iba la guarda mayor y tras ella las damas, ricamente vestidas con muchas perlas, collares cintas, apretadores de oro riquísimos, sentadas en sus palafrenes, con sillones de plata, gualdrapas de terciopelo guarnescidas acompañadas de Príncipes y señores opulentamente adreçados. La guardia de a pie acompañava a un lado y a otro haziendo plaça apartando los molestos encuentros del grâ concurso de la gente. A la postre de todos iba la guarda de a cavallo y archeros por retaguardia»³⁷.

Este autor no mencionaba al caballero en su obra, aunque cabe recordar que la orden del rey era para las entradas de Burgos, Segovia y Valladolid, mientras que para Madrid no decía nada. Creemos que en Madrid, el caballero no entró con la reina y, por el contrario, se destacó especialmente la figura del cardenal Espinosa, que sí lo hizo. Creemos que esto reflejaba su intento de disminuir el perfil de la caballería a la borgoñona, hecho que además se aprecia en que el caballero noble que venía del Imperio fue sustituido por un personaje de menor enti-

³⁵ *Relación verdadera del recibimiento que la muy noble y mas leal ciudad de Burgos, Cabeza de Castilla y Cámara de su Majestad, hizo a la Majestad Real de la Reina nuestra señora doña Ana de Austria, primera de este nombre, pasando a Segovia para celebrar en ella su felicísimo casamiento con el rey don Felipe, nuestro señor, segundo de este nombre, en HUARTE, A.: op. cit., I, pp. 174 y 177 y 242-243.*

³⁶ LÓPEZ DE HOYOS, J.: *Real aparato y sumptuoso recibimiento con que Madrid (como casa y morada de su M.) recibió a la serenísima reyna D. Ana de Austria*. Madrid, Abaco Ediciones, 1976, fol. 29r-v.

³⁷ *Idem*, fols. 102r-103v.

dad³⁸. Con esta entrada se definió el itinerario que deberían de seguir a partir de entonces los monarcas en sus accesos a la corte, quedando establecido entre el camino de Alcalá y el Alcázar³⁹.

De cualquier modo, en el ceremonial de la reina quedaba incrustado, desde entonces, un importante elemento de la tradición borgoñona, lo que habría de tener importantes consecuencias en el futuro. Varios símbolos reales de primera categoría, como los maceros y los reyes de armas, fueron incluidos en el ceremonial de la soberana, mientras el caballerizo mayor alcanzaba una preeminencia ceremonial que antes no tenía, inmediatamente después del mayordomo mayor, medidas que daban a la entrada un brillo y un alcance institucional desconocidos y que contribuían a desequilibrar el estilo castellano, dominante en su casa y en su ceremonial, a favor del borgoñón.

Esta tendencia se percibía ya desde tiempo atrás y lo acontecido en 1570 debió alentar, sin duda, los deseos del caballerizo de la reina de acercarse aun más al status ceremonial del caballerizo del rey, circunstancia que se aprecia en las diferentes etiquetas propuestas para la Casa de la Ana de Austria⁴⁰. En este sentido, hay que recordar que cuando se constituyó la nueva caballeriza de la reina, esta pasó a disponer de tres caballerizos en lugar de uno como anteriormente —aumento de criados que habían de dar a la soberana más relevancia en sus salidas y apariciones públicas y que estaba muy la línea de la complejización de la entrada a través de la imposición del estilo borgoñón—. No podemos olvidar, que poco después de fijar las etiquetas de la casa de su esposa a la manera de Castilla (pero en las que había una gran influencia borgoñona) Felipe II ordenó a Juan Sigoney que recobrase las ordenanzas de la casa de Borgoña⁴¹. De esta manera, el Rey Prudente respetó el modelo de servicio castellano (casa de Castilla), pero asumía formalmente la casa de Borgoña, tal como había servido a su padre, como el modelo oficial de la Monarquía, que era el de la dinastía, el modelo «oficial» de Casa era el de la dinastía (casa de Borgoña) en vez de la del reino (Castilla) que había contribuido a articularla.

³⁸ Parece obvio que el cardenal Espinosa, que por ese entonces había ya elegido a casi todos los cargos de la casa de la reina, salvo precisamente los de la caballeriza, tratara de manifestar a través de esta preeminencia simbólica su protagonismo en la situación cortesana del momento. Para la configuración de la casa de la reina, MARTÍNEZ MILLÁN, J.: «La corte de Felipe II: la casa de la reina Ana», en RIBOT GARCÍA, L (coord.): *La Monarquía de Felipe II a debate*. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 165-171 y HORTAL MUÑOZ, J.E.: «Organización de una Casa. El Libro de Veeduría de la reina Ana de Austria», en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y LOURENÇO, M^a. P. (coords.): *op. cit.*, I, pp. 275-309.

³⁹ LOPEZOSA APARICIO, C.: «Precisiones y nuevas aportaciones sobre la primitiva Puerta de Alcalá. Del Arco de Cajés a la propuesta de Ardemans», *Anales de Historia del Arte*, 14 (2004), p. 184.

⁴⁰ Las etiquetas para la Casa de la reina Ana conocieron tres versiones distintas, fechadas en 1570, 1574 y 1575, reflejando las luchas internas por controlarla entre castellanistas y ebolistas, véase, BNM. Ms. 10129 y Ms. 20066 (60) y AGP. Histórica, caja 49, exp. 3, respectivamente, así como, MARTÍNEZ MILLÁN, J.: «La corte de Felipe II: la casa de la reina Ana», *op. cit.*, pp. 165-171.

⁴¹ Dichas ordenanzas se encuentran publicadas en MARTÍNEZ MILLÁN, J. (dir.): *La Corte de Carlos V*. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, V, pp. 179-211.

Además, a lo largo de este reinado el coche se impuso definitivamente sobre la litera, mientras empezó a ser habitual que la reina se sirviera de la silla de manos. El ceremonial que se configuró quedó como un hito al que se volvió a acudir 30 años después, cuando se preparaban las entradas de Margarita de 1599⁴². En ellas se apreciaban las novedades de 1570 plenamente institucionalizadas y multiplicadas, particularmente, el papel de los nuevos caballeros que tenía la reina y del conjunto de nuevos oficios que había⁴³. Así por ejemplo, para la entrada en Barcelona se señaló:

«Que al desembarcar la reina en Barcelona por la puerta que se a de hacer para eso se haga el recibimiento en la forma acostumbrada, besándole la mano y luego recibiendo a su alteza debajo de palio, y que luego tras el palio vayan inmediatamente el archiduque llevando a su lado al cardenal de Sevilla. El virrey que provea de trompetas, atabales y ministriles»⁴⁴.

La caballeriza y en ella los carruajes alcanzaron su verdadero apogeo con Margarita de Austria. Al mismo tiempo que tuvo lugar la institucionalización de la corte, la fijación de las etiquetas y ordenanzas de la casa real y la consolidación del ceremonial cortesano. En ese contexto, la casa de la reina alcanzó un relieve inusitado, que se convirtió en modelo cortesano, particularmente, después de un periodo de casi veinte años en el que ésta había faltado. En ella, la caballeriza había de adquirir un peso considerable como sección de la casa encargada de la representación pública. Esta circunstancia alcanzó, a partir de entonces, una gran relevancia, de forma que el ceremonial realizado con los carruajes, el número de los vehículos utilizados y, sobre todo, la riqueza y el lujo de estos, pasaba a convertirse en materia frecuentísima de la propaganda real⁴⁵.

Esta extrema riqueza de la caballeriza de la reina ya había sido adelantada por

⁴² Ocasión en la que se apuntaba: «que en la entrada se podrá guardar en todo la orden que se guardó con la reina Ana, de que habrá relaciones y memoria, y se podrá añadir y quitar lo que su majestad fuera servido». AGS. E, leg. 182, s.f.

⁴³ La caballeriza de la reina en tiempos de Margarita tuvo más de 55 oficios y entre 100 y 150 oficiales. Al respecto, LABRADOR ARROYO, F.: «Casa de la reina Margarita», en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y VISCEGLIA, M^a.A. (dirs.): *op. cit.*, I, pp. 1145-1160.

⁴⁴ «Lo que se platicó en la Junta que Felipe II mandó hacer en San Lorenzo el 16 de julio de 1598 para tratar el recibimiento de la reina». AGS. E, leg. 182, s.f.

⁴⁵ Este fenómeno se hacía extensible a algunos de sus más importantes criados, así por ejemplo, su camarera mayor mostraba públicamente la riqueza de su caballeriza y el lujo de sus carruajes, en la salida para recoger a la reina, en la que llevó «huna rica carrossa de quatro cavallos, muy bien guarnecida para camino, dentro de la qual venia con mucha autoridad el Patriarcha y Arsobispo de Valencia con el Conde de Benavente, visorrey della, y las dos señoras Condessa de Benavente y la Duquessa de Gandía, camarera de la Reyna, que cierto parecieron muy bien todos estos quatro príncipes dentro desta carrossa, y después desta seguían otras tres carrossas de damas de la Duquesa y algunas dueñas de la Condessa muy bien apuestas de camino, las damas se la Duquessa para averla de acompañar y pasar la mar con ella, y tras destas yvan otras carrossas del Conde de Benavente, basias, para la Duquesa y el Patriarcha y la otra para el Duque de Gandía que avían de passar su camino para la embarcación... y consequitivamente yvan detrás de todas otras muchas cargas de recamara de la Duquesa y Duque, cubiertas con sus reposteros con los escudos y armas dellos», GAUNA, F.: *Relación de las fiestas celebradas en Valencia con motivo del casamiento de Felipe III*. Valencia, Acción Bibliográfica, 1926, vol. I, pp. 8, 17 y 20.

el *Rey Prudente*, quien dispuso un impresionante acompañamiento de vehículos para Margarita, mandando construir al Condestable, gobernador en Milán, un coche, una litera y 12 coches de respeto⁴⁶. Además, poco antes de llegar a Ferrara, el Santo Padre había obsequiado a la reina con una lujosa carroza con la que se acercó hasta la ciudad para hacer la entrada:

«huna riquísima carrossa de terciopelo carmessi, toda guarnessida de horo, con seys hemossissimos cavallos guarnescidos de los mesmo y dos cocheros vestidos de la misma librea, en la qual estavan dos solas sillas,... Y habiendo entrado la magestad de la Reyna dentro della juntamente con su madre la Archiduquessa, sentándose las dos en las sobredichas sillas dentro de la carrossa, entonses los señores Cardenales y Legados del Papa entraron en otra carrossa riquísima».

En este vehículo se trasladó la reina a un aposento muy bien adornado cerca de un cuarto de legua de la ciudad, donde era esperada por los legados del Papa, que se habían adelantado en sus coches. Delante de la carroza de la reina iban a caballo, inmediatamente, el archiduque Alberto de Austria, el cual iba en medio del duque de Sessa, embajador del rey de España en Roma, y del condestable de Castilla, gobernador de Milán, mientras detrás de la carroza de la reina,

«venían otras seys carrossas, dentro de las quales venían muchas damas principales de la Reyna, vestidas todas de negro, dellas tudescas y otras damas españolas que habían hydo a servirla y acompañarla con la señora Duquesa de Gandia, su camarera mayor de la Reyna,... y después de las dichas carrossas, en retaguardia de las damas, yva huna esquadra de soldados archeros del servicio y guardia del archiduque Alberto de Austria, todos los quales yvan vestidos de negro pr la sobredicha razón de la muerte del rey de España Phelippe segundo».

Llegado al punto de encuentro, la reina bajó de la carroza con su madre y ambas se pusieron en unas hacaneas para hacer la entrada en la ciudad de Ferrara⁴⁷.

También recibió la reina con ocasión de la entrada en Ferrara un regalo traído por el duque de Sessa que, en nombre del rey, le presentó «una hermosa litera cubierta de tela de oro en lugar de hierro, todos los adrezos eran de plata sobredorada y todo el demás adrezo era cosa real, llevabanla dos machos todos blancos, a los quales quiavan dos litereros vestidos de lo mismo». Con ella iba también «un hermoso coche tirado de seys cavallos y remendados de dos colores, gobernados

⁴⁶ Felipe II comunicaba por carta de 3 de junio de 1598 al condestable de Castilla en Milán que tuviese todo preparado para recibir a la archiduquesa Margarita y estuviesen prestos algunos trajes a la española. Para hacer frente a los gastos mandaba 200.000 ducados. AGS. E, leg. 1285, núm. 115. Ese día escribía también el rey al embajador San Clemente haciéndole saber la falta de caballos de coches para los que se habían de hacer en Milán, *Ibidem*, leg. 2450, s.f. Más noticias sobre los preparativos en *Ibidem*, leg. 182, s.f. La elección de Milán no era casual, habida cuenta de los excelentes trabajos textiles que se realizaban en la ciudad. Al respecto, VENTURELLI, P.: «La produzione tessile dall'età sforzesca al Settecento», en TERRAROLI, V. (dir.): *Le arti decorative in Lombardia nella età moderna 1480-1780*. Milán, Skira, 2000, pp. 55-79.

⁴⁷ GAUNA, F.: *op. cit.*, vol. I, pp. 37-38, 39 y 40.

de dos cocheros con libreas y vaqueros de tela de oro»⁴⁸. En el desfile de entrada en la ciudad unos y otros vehículos causaron la admiración de los asistentes, que pudieron ver,

«dos hermosísimas carrossas de la Reyna que heran aquellas con que avía salido del pueblo de la Hisla, guarnesidas de terciopelo carmesí, que le avía presentado el Papa y la otra hera de brocado de horo, risso sobre risso, hermosísima y requíssima con seys cavallos, y dos cocheros de la misma librea de brocado, en la qual carrossa havía venido la magestad de la Reyna, como tengo dicho, asta la sobredicha cassa de tablas y luego tras ella yva huna litera de la Reyna, del mismo brocado como aquel de la sobredicha carrossa, con las guarnisiones de lo mesmo; y consequitivamente venían, a cavallo, nueve trompetas de la Reyna... y delante destas trompetas yva hun hombre a cavallo tocando dos atambores a la hussansa morisca».

Detrás de la reina, su madre y la camarera iban «algunas damas principales de la Reyna con sus carrossas muy bien apuestas y guarnescidas, que las tiravan a quatro cavallos cada huna, con la misma guarnición»⁴⁹. Pero el apogeo del lujo en los vehículos se alcanzó en Milán, donde a la riqueza de los carruajes se sumó un impresionante ceremonial⁵⁰. La entrada en Milán tenía un significado especial, pues tras la muerte de Felipe II, Margarita ya no era princesa, sino la soberana de la Monarquía Católica y entraba en Milán como duquesa de pleno derecho. Además, era la primera ciudad sujeta a la obediencia de la Corona Católica⁵¹, por ello, las ceremonias en esta ciudad fueron más elaboradas y alcanzaron gran sofisticación.

Es significativo que según algunas fuentes, la reina entró en Milán con el coche mencionado, mostrando su comunión con el ducado, que se subrayó ritualmente en las salvas que acompañaron a la soberana al entrar en el coche, al cruzar las murallas de la ciudad y al apearse de la carroza, en un sofisticado ceremonial que sorprendió a todos los presentes que en él tomaron parte. La misma entrada en carruaje, subrayaba el poder de la reina sobre su ciudad, recordando las entradas de los generales romanos victoriosos:

«En la qual riquíssima carrossa entro la majestad de la Reyna juntamente con la Archiduquesa, su madre, después de haverse apeado de las literas en que venían a cavallo [sic], y detrás de la dicha carrossa seguían seys carrossas de las damas mas principales de la Reyna y de la Archiduquesa, su madre, y por su horden tomaron el camino, drechos, por la sobredicha calle postissa toda la sobredicha cavallería ansi milanese como española, interpolados hunos con otros: salvo que el

⁴⁸ *Diario de Hans Khevenhüller, embajador imperial en la corte de Felipe II*. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, p. 489 (ed. de F. LABRADOR ARROYO).

⁴⁹ GAUNA, F.: *op. cit.*, vol. I, pp. 42-43.

⁵⁰ *Idem*, p. 70.

⁵¹ ALTOVITI, G.: *Essequie della Sacra Católica e Real Maestà di Marguerita d'Austria Regina di Spagna, celebrate dal Serenissimo don Cosimo II, Gran Duca di Toscana III descrite da Giovanni Altoviti*. Florencia, 1612, BNM. R. 22.299, p. 20.

Lujo y representación en la Monarquía de los Austrias...

archiduque Alberto y el Reverensissimo señor Cardenal Aldobrandino yvan juntos los dos delante la sobredicha carrossa de la magestad de la Reyna».

Al mismo tiempo, la entrada en el vehículo era una metáfora de la entrada en el espacio urbano de la ciudad, lo que fue subrayado por una tremenda salva en ese preciso instante y de nuevo en la entrada a la ciudad misma:

«La grande alegría que hisso el castillo de Milán quando la magestad de la Reyna pussó el pie en la sobredicha carrossa para entrar en la ciudad fue que despararon, entre piessas de artillería y esmeriles, mas de quatrocientas piessas sin toda la demás arcabusería que también le hicieron la salva y al entrar por la puerta de la ciudad se le hizo otra salva de la misma artillería y arcabusería que fue muy cosa de hoyr y ver».

Lo mismo se hizo a la llegada al palacio, cuando la reina abandonaba el coche:

«Siendo ya más de las dies horas de la noche, con el sobredicho horden de acompañamiento, llegaron todos al real palacio, donde en el patin grande dél se apearon por su horden la magestad de la Reyna con la Archiduquessa, su madre, de la riquíssima carrossa en que venían, ayudándoles y acompañándoles el sobredicho señor cardenal Aldobrandino y el archiduque Alberto, y en este mismo punto y hora se le hizo otra salva disparando toda la artillería del castillo de Milán,....., y juntamente con la infantería de los arcabuseros con mucha alegría y concierto al son de las caxas y pífanos de guerra, de todo lo qual la magestad de la Reyna con los demás de su acompañamiento quedaron atónitos sintiendo tanto estruendo de artillería y bojería de las gentes, que cierto parecia que toda la ciudad se hundía»⁵².

Los fastos de la entrada continuaron en las jornadas siguientes. Dos días después de la entrada en Milán, la reina salió a visitar la iglesia mayor de la ciudad con un nutrido acompañamiento de príncipes italianos y Grandes y títulos de España. De nuevo, la imagen dominante era la de la soberana en su vehículo:

«yendo el cardenal a la mano drecha y el archiduque a la otra mano de la carrossa, la qual fue la que entro Su Magestad de la Reyna en Milán, tan riquísima como se ha dicho, con sus dotze cavallos, siendo toda ella de plata fina salvo que las ruedas y lo demás della eran de madera incoroptible y toda sobredora[da] muy bien labrada a las mil maravillas. Dentro de la qual yva sentada la magestad de la Reyna y a su mano drecha yva también asentada el Archiduquessa, su madre,... Después de la carrossa real yvan otras seis carrossas llenas de damas hermosas de la Reyna con la Duquessa de Gandia, viuda y camarera maior de la Reyna»⁵³.

⁵² GAUNA, F.: *op. cit.*, vol. I, pp. 70 y 73-74. La entrada de la reina se efectuó a caballo bajo palio, según otras fuentes, VENTURELLI, P.: «La solemne entrada en Milán de Margarita de Austria, esposa de Felipe III (1598)», en LOBATO, M.L. y GARCÍA GARCÍA, B.J. (coords.): *op. cit.*, p. 240. Entre las pinturas realizadas para las exequias por la reina celebradas en Florencia en 1612 se encontraba esta entrada milanés en la que la soberana aparecía a caballo y bajo palio, véase el Catálogo de la Exposición, *Glorias efímeras. Las exequias florentinas de Felipe II y Margarita de Austria*. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999, pp. 250-251. Si la entrada se realizó realmente así, tanto más interés tiene el escrito de Gauna.

⁵³ GAUNA, F.: *op. cit.*, vol. I, p. 75.

El lujo y la magnificencia se mantuvo cuando la reina llegó a España, al ser recogida por un lujoso acompañamiento en el que de nuevo destacaban los vehículos. Tras desembarcar, Margarita se fue a Vinaroz en una carroza verde y con clavazón de oro tirada por seis caballos rucios y llevada por dos cocheros. La reina venía en el testero a la derecha y a la izquierda su madre. Alrededor del coche estaban algunos caballeros a pie y don Juan de Idiáquez, caballero mayor, a caballo. Luego venía otra carroza de cuatro caballos, en cuya testera venía la duquesa de Gandía, camarera mayor y a un estribo la condesa de Alba. Seguía el conde de Alba, mayordomo mayor, a la mano derecha y el conde de Lemos a la izquierda, ambos a caballo. En pos de ellos venía el archiduque Alberto a caballo y el cardenal en mula. A la postre iban cinco coches de damas, dueñas y criadas de la reina⁵⁴. Días después, abandonaron Vinaroz el archiduque y el cardenal en una rica carroza y la reina en una litera con su madre, seguidas de seis carrozas muy bien puestas, de camino, donde iba la duquesa de Gandía, camarera mayor, con las damas que traía españolas y alemanas.

Desde entonces, no paró de propagarse el lujo de los vehículos que usaba la reina y su séquito. Así, en la salida de San Mateo en dirección a Morviedro, venía la reina sentada en otra riquísima litera en compañía de su madre, «la qual litera hera toda aforrada, dentro y fuera, de terciopelo verde con la clavassón toda sobredorada y las guarniciones della de oro y plata fina», a la cual acompañaban los alabarderos de su guarda y el archiduque Alberto iba delante de la reina «puesto en otra litera muy galana de camino» y, detrás de ellas, venían otros muchos caballeros a los cuales seguían cuatro carrozas de a seis caballos «muy bien adressedas de camino» y en la primera de todas venía la duquesa de Gandía y luego otras damas⁵⁵.

Por su parte, en la entrada en Valencia, en la que se siguió el mismo esquema que se elaboró con Ana de Austria, destacando varios elementos propios de la caballero borgoñona, como los reyes de armas y los maceros. Tras el acompañamiento de caballería, soldados y oficiales de la ciudad, seguían

«los quatro masseros de la corte del Rey nuestro señor con sus cavallos y bien puestos de vestidos, los quales yvan, de dos en dos, con las massas reales de plata fina muy grandes y todas sobredoradas, de hechura de unas columnas o pilares y de los cabos dellas prosedian çendas coronas emperiales de fino oro muy bien labradas; a los quales seguían algunos cavalleros principales del servicio de Su Magestad y consequitivamente yvan los hombres que tañían las trompetillas y atabales del servicio de la corte real, tañéndoles a muy buen son regosixado y de mucho aplauso para los oyentes, los quales oficiales yvan vestidos de la misma librea del Rey amarilla, colorada y blanca, y en las banderolas de las trompetillas y atabales estaban esculpidas las armas reales».

⁵⁴ *Jornada del Cardenal mi Sr. de Valencia a Vinaroz*, en *Idem*, p. 323.

⁵⁵ *Idem*, p. 335.

Después, seguían otros caballeros, mayordomos de la reina, Grandes, y a estos seguían por su orden de dos en dos, los cuatro reyes de armas

«muy bien vestidos de terciopelo negro con sus ropas abiertas por los lados, y por delante y detrás, bordados los escudos y armas de Su Magestad Real con mucho oro y plata con sus colores; y el Conde de Alva de Lista, maiordomo maior de la magestad de la Reyna, venía solo, con su bastón en la mano, ricamente vestido, puesto en su buen cavallo, acompañado de muchos criados con su librea como los demás caballeros, el qual yva en este puesto delante el palio por el cargo de mayordomo; don Juan Ydiáquez, como a cavallerisso maior de la magestad de la Reyna, venía a pie y descaperussado cabo el palafrén donde la magestad la Reyna venía a cavallo, debaxo del palio, acompañada de otros muchos cavalleros de a pie y descaperussados».

Luego seguía la archiduquesa y las damas y «en el último lugar detrás dellas seguían una tropa de ricas carrossas, una tras de otra, que pasava de dotzena, y dentro dellas yvan asentadas otras muchas damas vissarras y galanas de vestidos con algunas dueñas de honor, todas del servicio y cassa de la magestad de la Reyna»⁵⁶.

En la entrada de la reina en Madrid el papel de los caballeros que acompañaban el caballo de la soberana se aprecia aun más claro, como mostraba Lhermite. Juan de Idiáquez llevaba el palafrén cogido por las riendas de la brida y avanzaba caminando lentamente y lo mismo hacían los demás caballeros, que le acompañaban rodeando su palafrén. Las damas de honor y las muchachas también iban montadas en palafrenes y cada doncella iba acompañada de dos gentilhombres montados a caballo que, colocados uno a cada lado, las entretenían departiendo con ellas y haciéndoles la corte. Éstas estaban también rodeadas y flanqueadas a ambos lados por la guardia de a caballo del cuerpo de arqueros del rey⁵⁷.

Con todo, en la entrada en Madrid cabe observar ligeras novedades que afectaron la participación de los maceros y de los reyes de armas. En las entradas del

⁵⁶ *Idem*, pp. 427, 429, 433.

⁵⁷ *El pasatiempos de Jehan Lhermite...*, p. 511. Según cierta relación a la salida de San Jerónimo en dirección a la puerta de la villa, el caballero mayor y la camarera mayor iban detrás de la reina: «detrás de su Mag.d yva la duquesa de Gandía y don Juan de Idiáquez cavallerizo Mayor y mas atrás la Marquesa del Valle y luego la de Montesclaros, guarda Mayor delante de las Damas», MARÍN TOVAR, C.: «La jubilosa entrada de Margarita de Austria en Madrid», *Anales de Historia del Arte*, 9, (1999), p. 156. Por el contrario, otra aseguraba que: «Yba delante de su magestad después del grande el de Alva de Liste con su baston de Mayordomo maior y otros, el cavallerizo mayor don Joan Ydiaquez junto a la de Gandia, camarera mayor y tras ella la condesa de Pradas en medio del conde su marido... Y por esta orden beinte damas a cavallo y con ellas dos caballeros con cada una con gran gala y acompañamiento y tras ellas muchos coches de otras damas que no tomaron palafrenes, con galanes acompañándoles», *Relación de la entrada de sus magestades en Madrid, el domingo 26 de octubre de 1599 y de las fiestas y señores que se hallaron en ellas*, en SIMÓN DÍAZ, J.: *Relaciones breves de actos públicos celebrados en Madrid de 1541 a 1650*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1982, p. 42. Más información sobre esta entrada en CAYETANO MARTÍN, C., y FLORES GUERRERO, P.: «Nuevas aportaciones al recibimiento en Madrid de la reina doña Margarita de Austria (24 de octubre de 1599)», *Anuario del Instituto de Estudios Madrileños*, (1988), pp. 387-400.

rey, unos y otros se incorporaban al séquito real en la puerta de la villa donde se ubicaba el palio sustentado por los regidores municipales. Los reyes de armas, en concreto, debían instalarse en alguna casa cercana y, cuando el rey se ponía bajo el palio, salían ataviados con botas y espuelas, con espadas y con la cota real encima de los herrueros, se ponían de dos en dos a cada lado del soberano y de esta forma caminaban descubiertos hasta la puerta de la iglesia donde el rey se había de apearse⁵⁸. Así se hizo en la entrada de Margarita, tal y como se había hecho en la entrada del rey poco antes, salvo que desde el arco del Hospital General «entraban delante de S.M. los maceros y reyes de armas, y a poco trecho llegó orden de que no fuesen en el acompañamiento, y así se hubieron de salir de él»⁵⁹.

CONCLUSIÓN

Las entradas de la reina Margarita de Austria, de 1599, quedaron como el modelo a seguir para las soberanas futuras y el ceremonial constituido al efecto es el que permaneció después, como se deduce de la relación de la entrada de Isabel de Borbón⁶⁰, y fue el que, con algunos cambios, se incluyó en el ceremonial de las entradas de las reinas en Madrid, que se describe en las etiquetas generales que se pusieron en práctica el 11 de febrero de 1651⁶¹, que eran consideradas una de los mejores regladas de Europa⁶², con el cuidadoso protocolo sobre la disposición de los cortesanas y oficiales que participaban de la misma.

Hasta llegar aquí, la caballeriza y el ceremonial vinculado a la misma pasó de estar constituido de acuerdo al modelo y estilo castellano, como tenía la reina Isabel la Católica, y como recogieron las etiquetas que Felipe II concedió a su cuarta esposa, doña Ana, en 1575, a acopiar influencias de la caballeriza borgoñona del rey y del ceremonial borgoñón, como se observó en la forma y manera en la que las reinas debían de hacer sus entradas en las ciudades, sobre todo, a comienzos de la década de 1570 o en el aumento de competencias por parte del caballerizo mayor, y a recibir la influencia de los vehículos representativos en este departamento y en la manera en la que las soberanas eran mostradas en público. Este proceso supuso, también, un significativo crecimiento en el número de oficiales y oficios, muchos de los cuales: veedor y contador, primer caballerizo, caballerizos,

⁵⁸ BNM. Ms. 11.773 fols. 549r-551r.

⁵⁹ CABRERA DE CORDOBA, L.: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*. Salamanca, Junta de Castilla y León, 1997, p. 47.

⁶⁰ Véase la *Relación de la jornada, y casamientos, y entregas de España, y Francia*, 1615, en SIMÓN DÍAZ, J.: *op. cit.*, p. 95.

⁶¹ A comienzos de 1648 las etiquetas estaban concluidas. AGP. Histórica, caja 55, s.f.

⁶² ROUSSET DE MISSY, J.: *Le Cérémonial Diplomatique des Cours de l'Europe*. 2 vols. Amsterdam-La Haya, Janssens à Waesberge, Wetstein et Smith, 1739, que son los tomos IV y V del suplemento a la obra de DUMONT, J.: *Corps universel diplomatique du droit des Gens*, Amsterdam y La Haya, 1726-1739. Las etiquetas españolas se encuentran en el tomo IV. Hay multitud de copias manuscritas completas o fragmentarias. Recientemente, se ha realizado una edición crítica de las mismas por parte de H. CONIEZ, *Le cérémonial de la cour d'Espagne au XVIIe siècle*. Paris, PUPS, 2010.

etc., poco tenían que ver con los oficiales castellanos que servían en la casa de la Reina Católica.

De este modo, las estructuras cortesanas borgoñonas y castellanas se combinaron, desde el segundo cuarto del siglo XVI, en la prestación de las labores políticas y personales, generando un ceremonial y unas costumbres que entreveraban las actividades de asistencia y servicio que reclamaban el servicio real. El significado de ambas casas era tanto funcional como estructural: cumplían unos cometidos específicos, a través de los cuales se producía la integración de las diversas elites sociales en la Monarquía. Por lo que habría que matizar las palabras de Dálmiro de la Válgoma, cuando señaló: «no resultó, pues, ajena, importada, la norma palatina en boga por la morada de Isabelas, Anas y Margaritas, y si puede hablarse cabalmente de Etiqueta borgoñona en nuestra corte austriaca, debe quedar puntualizada la aseveración, explicando cómo, por encima de esos foráneos rigorismos áulicos, entronizados, efectivamente, con Carlos de Gante, alentaba también, imperiosa y fiel, la más castellana preocupación en todo lo relacionado con aquellas casas, cuya honda directriz era por completo española».⁶³

Tras el asiento definitivo de la corte en Madrid se afianzó la influencia borgoñona en la casa de las reinas. Esta *borgoñización* de la casa real provocó comentarios, como el escrito en 1586, que criticaban estos cambios, cuando se indicaba: «mándame V.S. que le avise cómo hallé la Corte y qué me pareció y me fue en ella. Dígoos que yo hallé la Corte donde la dexé, pero tan mudada que casi no la conocía porque todo lo hallé trocado. Palacio, lugar, ministros, trages, hombres y mugeres...».⁶⁴ Por lo que no debe de resultar extraño que al concluir Felipe IV la instrucción que dio a su hermana, la reina de Hungría, en 1630 antes de su jornada al Imperio, le recordase «que procure con desvelo y atención particular conservar en su servicio el estilo de la Casa de Borgoña que tanto estimamos acá y deseamos que nuestras infantas en ninguna parte olviden».⁶⁵

⁶³ *Norma y ceremonia de las reinas de la Casa de Austria*. Madrid, Escelicer, 1958, p. 10.

⁶⁴ BNM. Ms. 1671, fol. 248.

⁶⁵ ALDEA VAQUERO, Q.: *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo. Tomo I 1631-1633*. Madrid, CSIC, 1986, pp. 321-322.

